



Disparos y canelones

Ungar nos lleva a la carrera en su última y trepidante novela

Antonio Garrido

Por desgracia para la sociedad de la mayoría de los países de América, la figura del dictador es algo demasiado cotidiano: ha habido épocas en que casi todos estaban sometidos al mismo tiempo a las tiranías de criaturas miserables, y me quedo corto. Esta realidad se ha hecho literatura en forma de novelas y cuentos que lo tienen como protagonista desde el *Tirano Banderos* de Valle Inclán, que determinó de manera genial muchos de los rasgos de estos personajes. El dictador es el tema central de la novela de Antonio Ungar, *Tres uterinos blancos*, editada por Anagrama y que ha ganado el Premio Herralde de 2010.

Miranda es una extensa república donde gobierna el todopoderoso presidente Del Pito, "reptil humanoide, tenebroso regidor y rey". El personaje es como un angelito de confeti que necesita un taburete rojo para llegar a una mínima altura, manitas de muñeca, oratoria hueca, corrupto y asesino que utiliza a las fuerzas paramilitares para eliminar todo obstáculo que se oponga a sus deseos. Frente a él, Pedro Akira, líder de la oposición, honrado, entregado a la causa de los pobres y candidato en las próximas elecciones. Entre ambos y fuera del mundo, el narrador-protagonista -aunque hay otra voz narrativa-, un obeso personaje que vive encerrado en su casa, que convive mal que bien con su padre y que se dedica a trasegar cócteles que prepara con gran pericia, a tocar el contrabajo, a asistir a algunas clases de la Universidad y a ver pasar la vida sin implicarse en ella desde la comodidad de su cuarto. Aquella mañana sucedieron tres cosas que perturbaron el orden rutinario: al protagonista se le rompió una cuerda del contrabajo, su padre se negó a salir para comprar el pan y, lo más importante, un joven con camiseta color naranja se acercó a Pedro Akira, que estaba comiendo un plato de canelones en salsa napolitana, y le disparó tres balas en la cabeza. Nada extraño en la vida política de Miranda.

El héroe, mejor antihéroe, tiene parecido físico con Akira; por otra parte, es un admirador del dirigente democrático y el atentado le ha afectado profundamente. La historia da un giro cuando se plantea el tema de la suplantación, que es el problema de la identidad y de la redención del protagonista, que siente que adquiriendo la identidad de Akira puede salvarse de su propio destino. La inmersión en el líder asesinado es total.

El protagonista entra en un juego que se le escapa, que se le va de las manos y cuyas últimas consecuencias



En Miranda gobierna el poderoso presidente Del Pito

serán la traición y la muerte. Los dirigentes de los dos partidos se perfilan con fuertes trazos que nos dan pistas sobre qué hará cada uno en situaciones límite y la respuesta es decepcionante. Uno de los partidarios más destacados de Akira es el doctor Neira, en su hija, Ada Neira, encontrará este personaje indefinido el amor, la pasión. El lector llegará a sentir misericordia por ambos y por el hijo de ambos.

Del Pito pone todo su esfuerzo en acabar con el falso Akira, por el método que sea. La novela es también una historia de huida, de persecución que se volverá trepidante en la última parte. El antihéroe se convierte en héroe, puede escapar y no lo hace, sabe que todo está perdido y persiste en denunciar los crímenes del dictador que llega a formar un gobierno de concentración nacional en el que se sientan los traidores de la oposición, los amigos de Akira. La narración se acelera, la crueldad aumenta, asesinan al padre del protagonista, al doctor Neira, a cualquiera que se oponga al poder arbitrario de quien encarna el mal con cara de inocente. Al final, tortura y una playa, quizás una esperanza.